

No penseis por eso, católicos, que dudo de vuestra fe. Sé que hablo á un pueblo que cifra toda su gloria en el sacrificio de su entendimiento á la palabra del Señor. Mi ánimo es preveniros, en estos dias de vértigo y de error, contra las máximas seductoras de la impiedad; y ofrecer al mismo tiempo á vuestra vista un espectáculo el mas consolador, confundiendo á los incrédulos sobre este artículo fundamental de nuestra Religion.

Mas mi designio no se ciñe precisamente á combatir la incredulidad. Si en medio del cristianismo hay incrédulos, es sin comparacion mucho mayor el número de aquellos fieles que, fascinados por un funesto encanto, con el pomposo aparato del mundo seductor, viven tan aficionados á esta frágil vida, como si jamás hubiera de acabar; y pierden de vista la eterna, como si nunca hubiese de llegar. Procuraré tambien inspirar á éstos, con la consideracion del misterio que celebramos, el desprecio de los frívolos placeres y delicias de esta escena pueril, de esta fábula pasajera que llamamos vida. Ved, pues, indicado el plan y la division de mi discurso. Jesucristo ha resucitado; la Religion cristiana es por lo mismo obra de Dios; así que el incrédulo que se subletra contra ella, queda convencido de injusticia y de error. Jesucristo ha resucitado; nosotros, pues, resucitaremos algun dia; luego el cristiano que se aficiona á esta vida y á sus bienes, demuestra una lastimosa ceguedad é insensatez. No puede tratarse en la cátedra de la verdad un asunto mas interesante. Imploramos de la Reina de los cielos los auxilios de la divina gracia, diciéndola con la Iglesia: *Regina coeli lactare.*

Primera parte.

La Resurreccion de Jesucristo es la basa incontrastable sobre que está apoyado el angusto edificio de la Religion cristiana. El mismo Salvador fundaba en ella las pruebas de su mision. En vano le pedian los fariseos que mostrase en los cielos señales para acreditarla. Hombres sin fé, les contestaba; raza maldita y perversa; vosotros me pedis prodigios extraordinarios, pero yo no os daré otro que el de Jonás encerrado por tres dias en el vientre de una ballena, figura del Hijo del Hombre, que habia de estar por el mismo transcurso de tiempo sepultado en el seno de la tierra: *Sic erit Filius hominis in corde terrae.* Observad sus obras durante su ministerio, y vereis cómo camina por medio de milagros, cómo dispone á su voluntad de los elementos, cómo asombra al mundo con sus prodigios. ¿Qué podrá oponerles la incredulidad? Sin embargo, Jesucristo no quiso valerse de ellos para atestiguar su divinidad á los ojos del orbe.

Así es que si las pruebas que tenemos del admirable suceso que refiere el Evangelio de hoy, llegan al mas alto grado de certidumbre que los hombres pueden tener; si son tan victoriosas, que ningun entendimiento sensato puede resistirse á su evidencia, preciso es reconocer á Jesucristo por Señor soberano del cielo y de la tierra, y á su Religion como obra de la mano de Dios.

Pues, católicos, este prodigio único é inaudito hasta ahora, está probado por un grande número de testigos oculares y dignos de toda fé, por la confesion de sus enemigos, por el testimonio del mismo Dios. ¿Hay algun suceso entre todos los que pasan por indubitables, que tenga á su favor tanta claridad y evidencia? Pero examinemos y pesemos por un momento la fé de estos testigos.

Los primeros que deponen en favor de la Resurreccion de Jesucristo, son todos sus Apóstoles y todos sus

discípulos; testigos oculares que ofrecen las mas satisfactorias garantías de verdad, porque no pudieron ser victimas del error, ni atrevidos impostores. Por decontado, la ilusion, la prevencion, el prestigio, no han tenido parte en lo que veían ó creían ver. No se les puede imputar una credulidad indiscreta. Tratan de visionarias é insensatas á las santas mujeres que vuelven del sepulcro publicando la Resurreccion del Salvador. Ninguno se fia en el testimonio de los demás: cada uno quiere ver por si mismo al resucitado Maestro: para algunos esto no basta: todavia se les figura una fantasma. Es preciso, para desengañarles, que se les aparezca varias veces, que coma con ellos, que les haga tocar y palpar su cuerpo y sus llagas, y que les desenvuelva las profecias mas sublimes que le han anunciado desde el tiempo de Moysés.

Ni se ha aparecido solamente á algunos de sus discípulos. Además de los once Apóstoles, le han visto mas de quinientos fieles reunidos en un lugar: San Pablo nos lo asegura en términos formales, en tiempo en que vivian la mayor parte de los testigos, y en que por tanto podia ser convencido de falsedad si su testimonio no fuese cierto. Las apariciones, pues, son muchas, diferentes y continuadas. No son rápidas ni mudas, sino acompañadas de largos discursos é instrucciones. Si en un hecho, en que los mas estúpidos no son capaces de ilusion, se puede recusar la deposicion de quinientos testigos, y se les puede acusar á todos de la misma alucinacion, ¿dónde se hallará la verdad de la historia? Seria preciso abrir la puerta al mas insensato pirronismo.

Sin embargo, á pesar de la fuerza de estas razones, nuestra victoria todavia es imperfecta. Confieso, dirá el incrédulo, que los Apóstoles no pudieron ser engañados; ¿pero no se habrán propuesto engañar al universo con la fábula de la Resurreccion? ¿Qué delirio, católicos, atribuir á los Apóstoles proyecto tan inicuo! ¿Qué motivo, qué aliciente podia estimularles á divulgar y defender un prodigio fabuloso? Su Maestro, en tal caso, hubiera sido un sacrilego impostor; sus promesas serian otras tantas

quimeras; y lejos de serles venerable su memoria, debian naturalmente llenarle de imprecaciones. Pues, ¿qué embriaguez, qué especie de frenesí y de vértigo ha podido embargarlos hasta el punto de publicar por todas partes la gloria de un sedactor, de un impío, digno en tal hipotesis de su ódio y de los mas ejemplares castigos?

Aun hay más: los Apóstoles tenían el mayor interés en no declararse por la Resurreccion si no fuese verdadera. Lejos de esperar ningunos bienes temporales en premio de su impostura, sabian que iban á ser el blanco del furor de su pueblo, y odiados por todas las naciones: veían ya formada contra ellos una conspiracion general: veían toda especie de borrascas agruparse sobre sus cabezas. Es preciso, pues, suponerlos tan estóolidos, que se espongan á los tormentos y á la muerte solo por el placer insensato de mentir y de engañar. Pregunto ahora: ¿es susceptible el corazon humano de una disposicion tan absurda y estravagante? No, católicos; una impostura aborrecida, detestada y que conduce infaliblemente á los suplicios mas formidables é infamantes, no puede tener autores ni partidarios.

Pero el testimonio de los enemigos declarados de Jesucristo confirma la verdad de la Resurreccion. Segun ellos mismos confesan, el cuerpo del Salvador no se halla en el sepulcro tres dias despues de su muerte, y es imposible que hubiese sido sustraído de él por violencia ó por sorpresa. ¿Quién seria capaz de ejecutar tan arriesgado proyecto? Los judíos dicen que le extrajeron sus discípulos cuando los guardias dormian: escusa frivola y despreciable. Si estaban dormidos ¿cómo podian saber que son los discípulos los que se han apoderado del cuerpo de Jesus? ¿Estaban dormidos los soldados! Y han podido levantar una piedra enorme, forzar la entrada del sepulcro, arrebatrar de él un cuerpo muerto, sin que al ruido que debia inevitablemente causar esta nocturna irrupcion, ninguno de ellos haya despertado y escitado á los demás á tomar las armas! ¿Qué sueño tan letárgico y profundo! ¿Y entre todos los que componen esta es-

cogida y numerosa guardia, encargada de custodiar un cadáver cuya estraccion se teme y se trata de evitar á todo trance, no hay un centinela que vigile y dé á sus compañeros el grito de alarma! ¡Quién creará esta suposicion, considerando el estremo rigor de la disciplina militar de los romanos, disciplina segun la cual todo soldado que, estando de guardia, se encontraba dormido, era sin recurso condenado á la pena capital! Pero lo mas singular es que estos soldados, que no podian ignorar semejante ley, confiesan al gran consejo su negligencia; y sin embargo no se les castiga, ni aun se les forma proceso. ¡Qué estravagancias! ¡Qué absurdos!

El testimonio del mismo Dios pone el último sello á la verdad de la Resurreccion. Nadie duda de que los milagros son el lenguaje mas enérgico de la Omnipotencia: lenguaje que no puede autorizar la mentira y el error. Pues, católicos, los Apóstoles han atestiguado este suceso con multitud de milagros públicos, innegables y sorprendentes. En efecto, toda Jerusalem ha visto con asombro repentinamente curados á enfermos de todas dolencias; á los enérgümenos quedar libres del espíritu que les atormentaba; á los muertos salir de los sepulcros; á un desgraciado que jamás ha podido sostenerse sobre sus piés, caminar con paso firme; al mismo tiempo, á la noticia de estos milagros, el pueblo inmóvil y como en éxtasis, fija sobre los Apóstoles sus ávidas miradas: ¿y sabéis lo que dicen á la atónita multitud? Que aunque ellos parecen ser los autores de estas maravillas, no lo son en efecto; que todo se obra en virtud de Jesucristo resucitado; *in nomine Jesuchristi quem Deus suscitavit á mortuis*. ¿Puede darse una prueba mas evidente de la Resurreccion del Salvador?

Ahora bien, católicos, Jesucristo ha resucitado; los sofismas de la impiedad no han podido oscurecer este hecho gloriosísimo: luego Jesus es ciertamente hijo de Dios; su Religion es divina; los castigos con que nos amenaza, son evidentes; sus promesas, infalibles; sus misterios, ado-

rables; al fin, todo cuanto nos enseña el Evangelio, es seguro, es indubitable: *resurrexit: absoluta res est.*

Jesucristo ha resucitado: el incrédulo, pues, no tiene ya excusas que alegar, ni puede pedir pruebas ulteriores. En vano nos pregunta ¿por qué no se dejó ver públicamente en Jerusalem? Pero ¿qué ventajas hubiera sacado el Salvador de esta pública aparicion? La conversion, dice, de los judios, y la rápida propagacion de su doctrina por toda la tierra, único objeto de su mision. Impos-tura, mentira grosera: aquí es donde se descubre más á las claras la mala fé del incrédulo. Los milagros de Jesucristo, revestidos de toda la posible publicidad y evidencia, en especial, la resurreccion de Lázaro, este prodigio estupendo, obrado á la vista de todo lo que habia de mas ilustre en la Sinagoga, ¿han podido triunfar de la obstinada incredulidad de los judios? Los fariseos, siempre impostores, que atribuian tales milagros á Belcebú, ¿no habrian dicho que era una fantasma animada por los resortes de la magia? ¿No podrian decir tambien, que era una ilusion causada por alguna semejanza en las facciones? Por otra parte, quinientos testigos oculares, que han derramado su sangre en prueba del hecho, que nos ocupa, ¿no le ponen fuera de toda duda y contradiccion? Ved aquí, católicos, como esta objecion espectosa se desvanece por sí misma: *resurrexit: absoluta res est.*

Pero ningún historiador, á escepcion de los Evangelistas, habla de un suceso tan sorprendente, que debiera leerse en todos los anales del mundo: otro reparo del incrédulo. He aquí á donde llega la estravagancia de su juicio: atribuye mayor autoridad á los sufragios de los escritores profanos, que al testimonio de los que se convirtieron á la fé forzados por la evidencia del milagro. Pues qué ¿unos testigos que se dejan degollar por no ofender la verdad, que prefieren la muerte á la flaqueza de desmentir un hecho que han visto, no son mas acreedores á que se les crea, que historiadores que escriben

et al. citant auctores sup. et sup. auctores, non auctores.
SERM. TOM. I. P. 36.

muchas veces lo que les dicta la pasión y de ordinario con ligereza? Por otra parte, ¿es verdad que el testimonio de la historia falta á la Resurrección? Sin contar con Joséfo y una multitud de rabinos que hablan de ella expresamente, innumerables autores profanos refieren en sus historias la asombrosa firmeza con que los cristianos sufrían la muerte para confirmar su certidumbre. Historiadores, poetas, filósofos, todos atestiguan los tormentos que padecían los fieles porque confesaban la divinidad de Jesucristo, fundada sobre su Resurrección; y parece que todos nos gritan á una voz: Jesucristo ha resucitado; sujetaos, pues, á su Ley: *resurrexit: absoluta res est.*

Concluamos, pues, católicos, que no hay un punto histórico mas bien averiguado que la gloriosa Resurrección del Salvador. Concluamos que, así como el furor de la Sinagoga y todas sus empresas se han estrellado contra el sepulcro de Jesús, contra este sepulcro vendrán á estrellarse hasta el fin de los siglos, las razones, los sofismas y las blasfemias de los impíos, y Dios resucitado dará siempre el triunfo á sus discípulos y será el oprobio de sus enemigos: *resurrexit: absoluta res est.*

Habéis observado que la Resurrección del Salvador es la prueba mas convincente de la divinidad de nuestra augusta creencia, y de la sinrazon é injusticia del incrédulo que se revela contra ella; pero tambien es prenda segura de nuestra resurrección futura, y por consiguiente, argumento invencible de la vanidad de las cosas humanas y de la realidad de los preciosos bienes que esperamos: así lo veréis en la

Segunda parte.

Confesemos, católicos, que lo que entibia nuestra fé y afloja nuestro fervor, es principalmente el amor de la vi-

da presente y el olvido de la vida futura. Colocados en medio de este mundo encantador, deslumbrados por sus promesas y embriagados con sus placeres, olvidamos que la tierra no es mas que un destierro, y perdemos de vista la eternidad. Pues la Resurrección del Hijo de Dios remedia estos dos desórdenes; quiero decir, que nos enseña á despreciar la vida presente, y nos prueba y trae á la memoria la existencia de una vida futura.

En primer lugar, el pensamiento de la resurrección nos inspira el desprecio de este mundo. En efecto, dice San Pablo, si Jesucristo ha resucitado, todos nosotros resucitaremos tambien; por consiguiente, debemos procurar con ansia los bienes celestiales, y no ocuparnos de los cuidados de la tierra: *quae sursum sunt, quaerite; quae sursum sunt, sapite.* Discurso sencillo, pero invencible, que debia hacernos romper los vinculos de interés, de ambicion, de deleite, que nos aficionan á la presente vida. Pero ¿sabéis de qué procede este ardor, esta especie de embriaguez con que vamos en pos de las vanidades del siglo? De una lamentable ceguera. Miramos esta tierra como un teatro, en que cada uno debe figurar en su línea, en lugar de mirarla como un vasto sepulcro, á donde pronto vamos á ser depositados con Jesucristo, para resucitar como él algun dia. Esta sola idea bien impresa en nuestra mente, seria capaz de elevarnos sobre nosotros mismos, é inspirarnos el desprecio de esta vida con todos sus bienes y todos sus males.

Digo la vida con todos sus bienes. Una vez que estamos bien persuadidos de nuestra futura resurrección, todo lo referiremos á este solo objeto: nada merecerá nuestra aficion que no deba seguirnos mas allá del sepulcro. Asentado ese principio, debemos preguntarnos á nosotros mismos: estas riquezas, estos placeres, estos honores, todo este aparato imponente de gloria y de grandeza, que forma el encanto y las delicias de la vida, ¿nos acompañará á la eternidad? No, dice el Profeta: el hombre, al morir, no llevará consigo nada de cuanto le ro-

dea; su gloria no descenderá con él al polvo del sepulcro: *homo, cum interierit, non sumet omnia, neque descendet cum eo gloria ejus.* Y aun cuando se sepultasen nuestros bienes con nosotros; aunque una misma piedra cubriera al rico y sus tesoros; al rey y su trono, al conquistador y sus laureles; ¿volverían á aparecer en el día de la resurrección general estos bienes y estos honores? Ah! estos mismos colosos de las grandezas humanas ya han desaparecido de las entrañas de la tierra, y el fausto fúnebre que rodea sus monumentos, no es mas que mentira y vanidad. En vano han mirado un sepulcro como su eterna mansion; en vano han recurrido al mármol y al bronce para transmitir á la posteridad sus nombres; esfuerzos infructuosos del orgullo abatido!

En el gran día de la resurrección, al primer sonido de la trompeta fatal, vendreis al suelo, lápidas orgullosas, suntuosos mausoleos, inútiles asilos que la vanidad del impio levantó contra la nada que habia deseado y temido á un mismo tiempo. Y entonces, dice el Profeta; ¿qué será de todos esos distintivos de honor? Los mundanos resucitarán, es verdad; ¿pero cómo? Isaías nos los representa bajo la imagen de un general de ejército que, perdida una batalla, arroja todas sus insignias, y procura escaparse en la confusion. Pero continúa el mismo Profeta, en este día ya no habrá gloria de que despojarse; ni cetro, ni corona, ni rango que deponer; solo nuestras acciones nos seguirán y resucitarán con nosotros. ¿Qué nos importa, pues, la vida con todos sus bienes, el mundo con todas sus pompas, si ninguno de estos objetos codiciados por nuestras pasiones, nos ha de acompañar, ni al sepulcro ni á la eternidad?

He dicho *la vida con todos sus males*: porque no hay un medio mas eficaz para infundir en nuestra alma aliento y fuerza invencible en las tribulaciones, terrores y suplicios, que el pensamiento de la resurrección. En efecto; si recuerdo el tiempo de las persecuciones, si entro en los circos y en los anfiteatros, oigo resonar por todas

partes la fé de la resurrección. Jesucristo ha resucitado; nosotros resucitaremos algun día: verdugos inhumanos, saciad vuestro furor; tiranos ávidos de nuestra sangre, descargad vuestro brazo homicida; vosotros podeis quitarnos esta vida frágil y perecedera; pero nuestra alma inmortal se reunirá muy pronto á esta carne que la muerte va á reducir á polvo para no separarse jamás. He aquí lo que sostenia á los mártires en el sangriento testimonio que tributaban á la Religion; lo que convertia á estos tímidos corderos en intrépidos leones. ¿Y cómo es posible comprender de otra suerte, que tantos mártires se mantuviesen firmes en medio del espantoso aparato de tormentos que se desplegaba á sus ojos? ¿que vieses sin estremecerse, y aun con alegría, sus miembros ardiendo en las hogueras, palpitando en las ruedas, despedazados sobre los cadalsos; y que cuando se les empujaba á la arena para ser devorados, lejos de retroceder, se arrojasen ellos mismos á las horribles y espumantes bocas de los tigres y de las panteras? ¿Cómo puede conciliarse este heroismo de su fé, con la fragilidad de la naturaleza? ¡Ah, católicos! estaban vivamente persuadidos de su resurrección futura, y de que las reliquias de su cuerpo, aunque fuesen esparcidas del poniente á la aurora, de un polo al otro polo, sepultadas en las entrañas de la tierra, sumergidas en los abismos del mar; aun cuando se confundiesen con la sustancia de los leones que iban á devorarlos, no por eso dejarían de ser reunidas y reanimadas con un soplo de inmortalidad en el gran día de las revelaciones. Verdades consoladoras, dulce esperanza que debe sostenernos en este valle de miserias; verdades que al mismo tiempo que nos enseñan á despreciar el mundo y todos sus encantos, nos prueban y recuerdan una vida futura!

Habia en tiempo de San Pablo (y pluguiese al cielo no los hubiese tambien en este siglo) ciertos hombres carnales que miraban como imposible la resurrección de los cuerpos. Observad, les contestaba el Apóstol de las gentes, observad el grano de trigo que la tierra recibe en su

seno; sepultado en el sulco, muere, según parece; pero muere para renacer; y el orgullo de su nueva espiga viene luego a alegrar la naturaleza, y a enriquecer al agricultor. Tal es el hombre en su carrera: apenas nace, el sepulcro se abre á su vista; cae y se pierde en él; en vano le buscaréis en el polvo; es preciso que se altere y se corrompa, para nacer nuevamente. Es un astro cuyo medio día toca al ocaso; pero cuya segunda aurora será eterna: un arroyo que se pierde á dos pasos de su origen; pero es para unirse con un nuevo manantial, que no se agotará jamás; un bajel que en su velocidad se oculta á los ojos atónitos del espectador; pero la borrasca que le destroza, le arroja al puerto de la eternidad. En efecto, dice San Pablo, quitad la fé de la resurrección futura; y si solo esperamos en Jesucristo por lo que hace á esta vida, somos los más desgraciados de todos los hombres: *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus; miserabiliores sumus omnibus hominibus.* ¿Qué me importa, continúa el doctor de las naciones, haberme espuesto en el anfiteatro de Efeso, haber combatido hasta la efusión de mi sangre? ¿Qué me importan todos mis trabajos por mar y tierra, mis peligros, mis conquistas y mis victorias, si mi resurrección es una quimera? ¿Pues qué, los seres privados de razón serán más afortunados que el hombre? A lo menos nada combate sus inclinaciones: el león en las selvas ejerce á su placer su rabia y sus furioses: el águila atraviesa con libertad el seno de la nube, y puede aspirar al imperio de los aires: el insecto que vuela y el que se arrastra por los campos, se nutre en paz con el jugo de las flores, con los tesoros de las cosechas. ¿Por qué, pues, si el destino final del hombre es el destino de los brutos, no gozaremos todos de la misma libertad? Comamos, bebamos, que moriremos mañana. ¿Quién os ha colocado en mi corazón, temor de una vida futura, arrepentimiento espantoso, cruel remordimiento del crimen? Ah! dejadme, no me importuneis, si mi porvenir es una muerte eterna, y pues que la distancia de la cuna al sepulcro no es más que una carrera rápida há-

cia la nada, el espacio es muy corto para reconocer leyes y virtudes: *Quid prodest, si mortui non resurgunt?*

Tal es el discurso de San Pablo. Así pues, no hay pueblo, sin exceptuar los paganos, que no haya reconocido la verdad de una vida futura. Nos estimamos demasiado para consentir en perdernos enteramente: el amor propio resiste el pensamiento de nuestra aniquilación. Qué, decía un filósofo moribundo; ¿podré persuadirme de que el espíritu, encerrado en un cuerpo que le tiraniza, perece en el instante mismo en que consigue su libertad? El esclavo sería menos libre después de haber roto su cadena, la luz menos brillante después de haber salido de la nube, si el alma, prisionera, cautiva y encadenada por la materia, perdiese su inmortalidad al romper su prisión y sus grillos. La tierra toda no sería más que un sepulcro; y la naturaleza una madre desgraciada que, recostada sobre su urna funeraria, como una sombra desolada, llorase los reinos, los imperios, las generaciones y los cadáveres de tantas ciudades sumergidos en el golfo de la nada. Oh hombre! oh deplorable criatura! qué funesto presente te hizo el cielo al darte el ser! Arrojado sobre esta tierra cubierta de espinas, rasgas su seno para alimentarte; bien pronto caes en él, y te sepultas para siempre. Qué designio para un Dios! qué fin para el hombre! Eternidad, resurrección, vida futura; solo vosotras podeis explicar el enigma; y si la creencia de la inmortalidad del alma pudiese ser falsa ó dudosa, no se conocería sobre la tierra una verdad tan amable, tan preciosa como este error. La existencia de Dios, la inmortalidad del alma, tal es el grito del universo y la fé de la naturaleza. Esta vida no es más que una sombra de la que esperamos; por todas partes nos traza las figuras de la muerte: su duración no es más que un momento: nuestro cuerpo será muy luego pábulo del sepulcro, y nuestra alma inmortal será trasladada á la región de la eternidad; pero al fin recobrarémos la vida, cuando la muerte, derribando como otro Sansón, las columnas que sostienen

la asombrosa máquina del mundo, deje á esta sepultada bajo sus ruinas.

Pero esta verdad, que hallamos grabada con caracteres indelebles en el fondo de nuestra alma, se ve cumplidamente confirmada por la Religión. Jesucristo en su Resurrección gloriosa nos ha dado el ejemplo convincente. Así lo comprendió San Pablo hablando á los primeros fieles. Jesucristo ha resucitado (les decia), este es el misterio que se os anuncia, este el objeto de vuestra mas firme creencia: ¿cómo, pues, hay entre vosotros quienes se atrevan á dudar de la resurrección de los muertos? Estad ciertos de que el Dios que ha salido triunfante del sepulcro, reparará las ruinas de la muerte, y restablecerá vuestros cuerpos en su primer estado. Así, católicos, la Resurrección del Salvador garantiza nuestras mas li-songeras, nuestras inmortales esperanzas. Y siendo, ello así, ¿por qué nos dejamos embelesar por unas viles criaturas, objetos indignos de nuestra afición? ¿Por qué nos apasionamos tanto de este mundo, que no nos ofrece mas que sombras, prestigios y ostentosas apariencias de vanidad? Aunque nos corone de flores; por mas que su risueña perspectiva calme los sinsabores de nuestra peregrinación; esas imágenes engañosas pasarán con la figura del mundo, y esas flores se secarán al fin sobre nuestro sepulcro. ¡Insensatos! Navegamos sobre un torrente desatado y rápido; la tierra huye de nosotros, y queremos asirnos á esta tierra siempre ocupados de la carrera y jamás del término, porfiamos contra la impetuosidad de las aguas, para arribar por un instante á esta costa extrangera; y apenas la hemos tocado, cuando el impetuoso torrente nos arrastra, nos traga, nos devora; y todo ha desaparecido!

¡Plegue á Dios que este dia, este misterio; imprima en nuestras almas el pensamiento que acabo de indicaros, y que no se borre de ellas jamás! ¡Plegue á Dios que de hoy mas nuestros entendimientos y nuestros corazones, desprendidos del polvo vil, se dirijan siempre á la eternidad! El justo en la tierra, segun la espresion del Pro-

feta, es como un árbol sobre la corriente de las aguas: *tamquam lignum, quod plantatum est secus decursus aquarum*. Pues ¿qué haria ese árbol, pregunta San Bernardo, si estuviese dotado de sentimiento? Veria las olas de este rio que se empujan, se suceden y desaparecen unas en pos de otras: veria caer sus hojas sobre la corriente que las arrastra. ¿Pero correria tras estas hojas ligeras, estas rápidas olas? No, las dejaria pasar; y situado siempre en el mismo punto, elevaria sus ramas hácia el cielo. Ved aquí la imágen del verdadero cristiano: está en el mundo como sobre el borde de un rio. Ve correr bajo sus ojos las olas impetuosas: ve que los dias y los años de su vida, como hojas ligeras, pasan y se precipitan con el tiempo. ¿Pero correrá en pos de estos frágiles bienes? ¿se lamentará de la rapidez de estos dias y de estos años? Al contrario, siempre en el mismo estado y sumiso á la Providencia, se eleva cada vez mas hácia el cielo; suspira, dirige sus pensamientos y deseos á la eternidad. ¡Dichosos nosotros, hermanos míos, si la presente solemnidad nos ha inspirado tan sublimes sentimientos!

Gran Dios, que habeis revelado vuestra gloria á todas las naciones en la Resurrección de vuestro adorable Hijo, sostened la obra de vuestra misericordia: proteged á vuestro pueblo contra los ataques del error y de la impiedad, para que persevere siempre firme en la fé de vuestro nombre! Confundid á los impíos que se atreven á combatirla; haced que la horrible distincion de que blasonan, les sirva de oprobio; y que no se muestren sobre la tierra sino para ser objeto de la execración de todos! O mas bien ¡Dios mío! reducid á esos desgraciados al conocimiento de la verdad; disipad la densa nube que forman ante sus ojos las pasiones; convertid su corazon, cuyo desarreglo los ha conducido á ser irreligiosos. ¡Gran Dios! dignaos tambien desengañarnos del brillante y pomposo aparato de este mundo seductor, y de las pérdidas delicias que han embriagado nuestro corazon. Haced que no estimemos los bienes temporales sino por las relaciones

